

*Cuatro «poetas de color» en la crítica literaria
publicada por la prensa colonial de Santiago de
Cuba*

Black poets in the literary criticism published on colonial
newspapers of Santiago de Cuba

Iván Gabriel Grajales Melián, Yessy Villavicencio Simón

Universidad de Oriente, Cuba

Resumen: Este artículo forma parte de la tesis doctoral «La crítica literaria en las publicaciones periódicas y culturales de Santiago de Cuba: Evolución y temáticas (1825-1895)». En él se examinan cuatro textos exegéticos encontrados en el importante diario santiaguero *El Redactor* (1833-1869), cuyos temas giran en torno a los denominados «poetas de color» de la literatura colonial cubana: los ya canónicos Gabriel de la Concepción Valdés, Plácido (1809-1844) y Juan Francisco Manzano (1797-1854), así como también Juan Antonio Frías (1835-¿?) y Antonio Medina y Céspedes (1824-1885), estos últimos preteridos por los estudios literarios nacionales. El análisis constituye un llamado de atención hacia el fomento de investigaciones actualizadas sobre dichos sujetos subalternos, sobre todo, los procedentes de fuera de la capital del país, cuyas obras también contribuyeron decisivamente al panorama literario colonial cubano.

Palabras claves: crítica literaria, literatura cubana, poetas negros, estudios coloniales.

Abstract: This article is extracted from the doctoral thesis «The literary criticism on the newspapers and cultural periodicals of Santiago de Cuba (1825-1895)», and examine four critical texts published in the important newspaper *El Redactor* (1833-1869) about the so called «color's poets» (black poets) of the colonial Cuban literature: the already canonicals Gabriel de la Concepción Valdés, Plácido (1809-1844) and Juan Francisco Manzano (1797-1854), but also Juan Antonio Frías (1835-¿?) and Antonio Medina y Céspedes (1824-1885), these last ones, forgotten for the national literary studies. This analysis constitute an attention call to encourage researches about theses subaltern subjects, above all, the ones outside Havana, whose works also contribute greatly to the colonial Cuban literature.

Keywords: literary criticism, Cuban literature, black poets, postcolonial studies.

La crítica literaria como disciplina del sistema literario se encarga de valorar, promover, interpretar y canonizar autores y obras del arte verbal, por tanto, ella se erige en manifestación imprescindible del patrimonio cultural de toda nación. Su estudio en el siglo XIX cubano puede parecer un tema agotado, pues varias personalidades del quehacer intelectual nacional se han ocupado de ella: Manuel de la Cruz (1890), Aurelio Mitjans (1890), Antonio Iraizoz (1930), Cintio Vitier (1971), Salvador Bueno (1979), José Antonio Portuondo (1986), y más recientemente Marta Lesmes (2001 y 2005). No obstante, las indagaciones no concluyen, sobre todo las relativas a los procesos culturales regionales, es decir, a las zonas menos visualizadas por la historiografía literaria nacional.

En ese sentido, debe destacarse la insistencia de la investigadora Lesmes (2005) sobre la urgencia de llevar a cabo pesquisas en esa dirección. La dispersión de los textos críticos en disímiles y deterioradas fuentes periódicas, de corta duración y limitado acceso, repercute en que, por ejemplo, «la crítica entre 1844 y 1868 [haya] permanecido sin que se le reconozca el justo valor de sus aportes» (: 332). La observación documental de las publicaciones periódicas y culturales del Santiago de Cuba decimonónico advierte la existencia de una amplia cuantía de textos exegéticos merecedores de un examen acucioso por sus temáticas, procedencias y características diversas; inexploradas hasta el momento en los estudios literarios nacionales.

Al mismo tiempo, debe apuntarse que el acercamiento a los poetas esclavos, siempre preteridos por sus condiciones socio-raciales y la calidad estética de sus obras, constituye un tópico que paulatinamente gana interés en décadas recientes para las letras cubanas, como se comprueba en Vitier y García Marruz (1978), Sed Nieves (1987), Fernández Núñez (2005, 2006) y Fraga León (2008).

Por tales razones, el presente trabajo estudia varios artículos críticos encontrados en el importante diario santiaguero *El Redactor*, cuyos temas giran en torno a cuatro de los denominados «poetas de color» (Calcagno, 1887): Gabriel de la Concepción Valdés, *Plácido* (1809-1844), Juan Francisco Manzano (1797-1854), Juan Antonio Frías (1835-¿?) y Antonio Medina y Céspedes (1824-1885). La inclusión de tales textos en ese periódico resulta un hecho a destacar, pues tiene lugar justo en

[70]

Islas, núm. 191; UCLV, septiembre-diciembre de 2018.

<http://islas.uclv.edu.cu>

un momento histórico de apogeo del debate sobre la cuestión racial y la esclavitud en Cuba; pero, además, porque esta publicación ha sido reconocida generalmente por su carácter conservador; hecho demostrado en las páginas de uno de sus números de enero de 1856, cuando al referirse a los progresos del país, se escribe: «[...] la suerte principal y la mejor fortuna de esta Isla está basada en la esclavitud» (citado por C.R. Fleitas, 2014: 128).

Este artículo forma parte de la tesis doctoral «La crítica literaria en las publicaciones periódicas de Santiago de Cuba: Evolución y temáticas (1825-1895)», insertada en el proyecto El patrimonio literario de Santiago de Cuba (siglos XIX, XX y XXI): Valoración Crítica», coordinado por la Dra. C. Virginia B. Suárez Piña, de la Universidad de Oriente. Este proyecto propone entre sus líneas rectoras la necesidad de emprender pesquisas reveladoras del valioso legado de los diversos géneros literarios, y la reflexión sobre ellos en la antigua capital del Departamento Oriental. Estos esfuerzos demandan la recuperación de un valioso patrimonio literario cultural, disgregado en salas de fondos raros de bibliotecas regionales que sufre los daños inclementes del tiempo, además de ser de difícil acceso. De igual forma, contribuye a visibilizar espacios excluidos de la historia de crítica literaria cubana, que complementa los abordados por las referencias nacionales más conocidas.¹

La primera fuente en la historia de la literatura cubana dedicada a los «poetas de color», ya fueran esclavos o libertos, es el libro homónimo de Francisco Calcagno (1827-1903);² en él se tratan a Gabriel de la Concepción Valdés, *Plácido* (Matanzas), Juan Francisco Manzano (Habana), Agustín Baldomero Rodríguez (Villa Clara, ¿?-¿?), Ambrosio Echemendía (Trinidad, 1843-¿?), Antonio Medina y Céspedes (Habana), Vicente

¹Véase, por ejemplo, la «Reseña histórica del movimiento literario en la isla de Cuba» (1890), de Manuel de la Cruz; *La crítica en la literatura cubana* (1930), de Antonio Iraizoz; «La Ciencia literaria en Cuba» (1968 y 1986), de José Antonio Portuondo; «La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano» (1971), de Cintio Vitier; *La crítica literaria cubana en el siglo XIX* (1979), de Salvador Bueno y el *Diccionario de obras cubanas de ensayo y crítica* (2013), del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba.

²Se consultó la quinta edición de 1887, la primera es de 1868.

Silveira (Guanajay, ¿?-¿?), José del Carmen Díaz (seudónimo: *Narciso Blanco*)(Güines, ¿?-¿?) y Juan Bautista Estrada (Bayamo, ¿?-¿?). Sin dudas, los de más trascendencia han sido *Plácido* y *Manzano*, a los cuales Calcagno ofrece mayor atención, junto a *Medina* y *Céspedes*. Sobre los demás, este autor aporta poca información, quizás porque residen fuera de la capital, hecho que, junto al dilema racial, los alejaba aún más de las élites literarias.

Cintio Vitier y Fina García Marruz en *Flor oculta de poesía cubana* (1978) revelan la presencia de otros tres escritores de raza negra, esta vez camagüeyanos, que publicaban con regularidad en *El Fanal de Puerto Príncipe* de mediados del siglo XIX: Manuel Roblejo (¿?-¿?), Juan Antonio Frías y Néstor Cepeda (¿?-¿?). Como se observa, no es tan amplio el número de estos «poetas de color», al menos, de los que se tiene noticia hasta la actualidad.

Aparte de *Manzano* y *Plácido*, se conoce que Manuel Roblejo, Ambrosio Echemendía, Vicente Silveira, Agustín Baldomero Rodríguez y Antonio Medina y Céspedes también tuvieron la oportunidad de publicar sus cuadernos de poesía, en medio de un clima social y editorial adverso para las personas de piel negra.³ De ahí que resulte de interés para las investigaciones literarias actuales, en el afán de recuperar para la historia literaria cubana estas voces relegadas, analizar cómo eran enjuiciadas por la crítica literaria de su época, en tanto la exégesis constituye uno de los factores que, junto a las tertulias, el mecenazgo y las publicaciones periódicas, hicieron posible que los escritores referidos accedieran a la función autor (Venegas, 2008).

Antes de examinar los artículos sobre los poetas en cuestión, conviene hacer referencia a la publicación donde aparecen y al espacio en que la misma circula. La ciudad de Santiago de Cuba es una de las principales plazas del mercado editorial decimonónico del país. Mediante los despachos de imprentas,

³ Estos son: *Pucha silvestre* (¿?), de Rodríguez; *Poesías* (1851), de Medina y Céspedes; *Murmurios (sic) del Táyaba* (1865), de Echemendía; *Ecos del alma* (1867), de Roblejo y *Flores y espinas* (1873), de Silveira. Asimismo, según Sed Nieves (1987), en varios números de *El Fanal de Puerto Príncipe* de 1858 se promovió la suscripción para la venta del tomo de poesía *Flores del Tíñima* de Juan Antonio Frías, pero se desconoce si este llegó a ver la luz definitivamente (: 100).

librerías, agencias y centros de publicaciones, se difundieron libros, revistas y periódicos, a pesar de las grandes dificultades que representaba la edición de textos impresos. Este desarrollo se hace palpable en la antigua capital del Departamento Oriental incluso desde finales del siglo anterior, gracias a la imprenta fundada por Matías Alqueza (1750?-1819) entre 1792 y 1793, de ahí que sea reconocida como la segunda ciudad del país en poseer establecimientos de este tipo, en correspondencia con su papel de centro administrativo de la región oriental cubana (Meriño, 2010).

El Redactor, «periódico político, literario, mercantil e industrial», es fundado en 1833 por Juan Bautista Sagarra (1806-1871), Domingo Betancourt (?-?) y Agustín de la Tejera (?-1852), todos miembros de la Sociedad Económica de Amigos del País de la localidad, en cuya imprenta se confeccionaba. Se distingue en la actualidad como el decano de la prensa colonial santiaguera, pues estuvo en circulación durante 36 años, tiempo considerable si se tiene en cuenta la vida breve de la mayoría de las publicaciones periódicas del siglo XIX cubano. El investigador Carlos Rafael Fleitas (2014) establece cuatro etapas en su trayectoria:

1. **1833-1844:** *El Redactor* pasa de interdiario a diario, en ocasiones fue el único periódico en todo el Departamento Oriental; por tanto, adquiere un carácter semioficial, al insertar en sus páginas los anuncios oficiales del Gobierno y del Ayuntamiento de la ciudad, y edictos judiciales.
2. **1845-1849:** Período «ilustrado», cobra auge la parte literaria y se consiguen las mejoras editoriales con grandes sacrificios económicos.
3. **1850-1866:** Estabilidad y madurez del periódico, temas perfectamente balanceados, con predominio económico-mercantil.
4. **1867-1869:** Decadencia económica y venta del derecho de publicación.⁴ (: 113-115)

⁴ Un detalle que omite C.R. Fleitas es que *El Redactor* reapareció en 1873, en medio de la primera guerra de independencia, y circuló solamente ese año, véase Emilio Bacardí (1923: 305, 376).

Su período «ilustrado» coincide con un momento de gran efervescencia en las letras y la cultura del territorio santiaguero. En 1845 asume la dirección del periódico Luis Alejandro Baralt (1819-1850), quien junto a su hermano Francisco (1823[1824]-1894), Pedro Santacilia (1826-1910), Antonio Solórzano y Correoso (1819-¿?), Manuel María Pérez y Ramírez (1772-1852), José Joaquín Hernández (1824-1870), Jesús María del Monte y Mena (1824-1877), Antonio María Lorié (1823-¿?), los hermanos Balbina (1826-¿?), Federico (1828-1890[1894]) y Rafael García Copley (1831-1858), entre otros intelectuales ciudadanos, divulgaron en sus páginas lo mejor de la literatura y la crítica, tanto extranjera como nacional. Entre 1856 y 1860 merece destacarse la participación de Juan Cristóbal Nápoles Fajardo (1829-1861), el *Cucalambé*, primero como colaborador, luego como editor.

El Redactor reproduce textos críticos de las más importantes personalidades foráneas del pensamiento literario europeo, Désiré Nisard (Francia, 1806-1888), Saint-Marc Girardin (Francia, 1801-1873), Philarète Chasles (Francia, 1798-1873), Gotthold Ephraim Lessing (Alemania, 1729-1781), Juan Eugenio Harstzenbuch (España, 1806-1880), entre otros. Se abarcaron todos los géneros literarios, drama, poesía, narrativa, así como también la reflexión sobre las nuevas tendencias filosóficas que incidirían en la crítica de la segunda mitad del siglo, como es el caso del Positivismo.

En el decano de la prensa santiaguera se atendieron también las principales figuras y obras de la literatura santiaguera de mediados de siglo, como se evidencia en los textos críticos sobre los libros de Antonio María Lorié (*Ecos del Yarayó*, 1846) y Antonio Solórzano y Correoso (*Flores de Cuba*, 1846), o los dedicados a Juan Bautista Sagarra (1806-1871) y Luisa Pérez Montes de Oca (1835?-1922). Otras escritoras tratadas fueron la matancera Luisa Molina (1821-1887) y la holguinera Adelaida del Mármol (1838-1857). Sin embargo, Gabriel de la Concepción Valdés, *Plácido*, es el autor que más atención obtuvo de los críticos nacionales dentro del referido periódico; sobre él se registraron cuatro artículos entre los años 1856 y 1861.

Entre ellos, interesa el titulado «La poesía en Cuba y el poeta *Plácido*» (*El Redactor*, 20, 21 y 22 de agosto de 1861), en el cual

[74]

Islas, núm. 191; UCLV, septiembre-diciembre de 2018.

<http://islas.uclv.edu.cu>

Fernando Valdés y Aguirre (1837-1871)⁵ juzga al autor de la primera generación romántica cubana, que llegaría a convertirse en el más difundido en el país y en el extranjero, incluso por encima de José María Heredia (1803-1839) (Fornet, 2002). El extenso ensayo dialoga con un artículo del francés M.F.R. Cambouliu (¿?-¿?) sobre el mismo poeta, publicado en *Le magasin de librairie*.

El crítico habanero introduce la idea, generalizada para la época, de que la literatura insular es incomprendida en Europa. No obstante, traduce casi íntegro el texto del periodista galo, para ilustrar sobre la presencia de intelectuales en ese continente conocedores de los progresos de las letras cubanas. También aborda otros temas de interés antes de comenzar su reflexión sobre *Plácido*: discute la existencia de una literatura «suramericana» con calidad suficiente para compararse con la de Norteamérica del momento y la independencia de la literatura cubana respecto a la española. Al respecto plantea: «La lengua es ciertamente la misma, pero no la inspiración y los caracteres»; estableciendo así una divergencia fundamental en el debate sobre los orígenes y el vínculo de nuestras letras con las peninsulares.

El periodista francés alude a la profusión de «vulgares improvisadores», observación también recurrente de la crítica nacional de la época, y posiciona a Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), José María Heredia y *Plácido* como los tres mejores poetas cubanos hasta mediados de siglo, afirmación compartida por Valdés y Aguirre y que se mantiene hasta la actualidad. Para ambos críticos, el autor de «Jicotencal» es incluso superior a los otros dos citados; se basan para ello en el hecho de la permanencia del poeta peinetero en la Isla, por lo cual su obra responde siempre a vivencias inmediatas y no a la evocación desde la distancia, como fue el caso de Heredia y Avellaneda.

Al exaltar las diversas variantes de composiciones poéticas del habanero: epigramas, elegías, odas, sonetos, romances, entre otras, las somete a la aprobación de Nicolas Boileau-Despréaux

⁵Periodista, crítico, profesor y doctor en Farmacia habanero. Además de dirigir *Brisas de Cuba* (1855) junto a Néstor Ponce de León, colaboró en múltiples publicaciones del occidente del país. Varios de sus textos críticos se reprodujeron en *El Redactor*.

(1636-1711) y Jean de la Fontaine (1621-1695), paradigmas del clasicismo francés; paralelamente, se alaba la naturalidad y sencillez de sus sentimientos, estilo, matices costumbristas y el aliento clásico de sus versos. Se concluye vaticinando: «*Plácido* es esencialmente, y más que ningún otro, el poeta de su país». Véase aquí el empleo del concepto romántico, de cierta recurrencia en la época, del poeta como ser excepcional y líder espiritual representante de su nación. De igual forma, se patentiza el eclecticismo crítico, pues el escritor romántico se mide con preceptos neoclásicos y a la vez los propios de su generación, como el acento costumbrista.

El texto es ejemplo de la favorable recepción inmediata y el alcance popular de la obra de *Plácido* a pocos años de su deceso, inclusive en el extranjero. Un detalle sugerente es que Aurelio Mitjans, en su clásico *Estudios sobre el movimiento científico y literario de Cuba* (1890), disiente de Valdés y Aguirre y el periodista francés al inquirir: «¿Dónde están esas composiciones [de *Plácido*] que sirven a Mr. Cambouliu para reconstruir *hombres, vidas y costumbres* de Cuba?». A pesar de los méritos del autor de «Plegaria a Dios», este «dista mucho de ser un poeta que describa con exactitud la naturaleza cubana» (Mitjans, 1890: 153).

Resulta interesante apreciar cómo la percepción sobre *Plácido* difiere entre Mitjans y Valdés y Aguirre, en dos momentos diferentes de la trascendencia de su obra: el inmediato a su muerte, y una vez solidificada su imagen, décadas más tarde. La postura revisionista y desmitificadora de Mitjans no oculta que, aun cuestionándolo, lo incluye en su *Estudio...*, lo cual da cuenta de su valor para la literatura criolla colonial.

«*Plácido* y Manzano» (*El Redactor*, 18 de septiembre de 1859), de Domingo del Monte (1804-1853), es otro artículo que atiende al autor de «Jicotencal», pero contrastándolo con otro «poeta de color» notable de la primera mitad del siglo: Juan Francisco Manzano.⁶ El principal crítico cubano del período mencionado se apoya en un fragmento lírico de José Jacinto Milanés (1814-1863) para descalificar al poeta peinetero en su comparación, y anota a manera de juicio conclusivo:

⁶Según Calcagno (1887), el texto se publica originalmente en París (1845) y se reproduce en *El Liceo de la Habana* (1859), de donde lo copia *El Redactor*.

[...] yo prefiero los cantos tristes del esclavo a los del mulato libre, porque noto más profundo sentimiento de humanidad en los primeros, porque los principios de mi estética y de mi filosofía se avienen más con el lamento arrancado del corazón del oprimido que con el concierto estrepitoso de [la poesía de Plácido] [...]. (*El Redactor*: 2)

Del Monte opta por el antiguo esclavo antes que el mulato libre, en una muestra de crítica con tintes políticos y parcializada, pero motivada, tal vez, por razones personales. Salvador Arias (2005) sugiere la posibilidad de que *Plácido*, «bajo la presión de torturas físicas y psicológicas», haya denunciado la participación de Del Monte en los sucesos de la conspiración de «La Escalera», lo cual produjo la salida del país de este último. Por lo que este paralelo desbalanceado pudiera deberse al resentimiento delmontino.⁷

García Marruz (1978), desde una posición más objetiva, estima que el error del crítico estuvo en confundir «la juglaría humilde» de *Plácido* con los «copleros», «vulgares improvisadores» o «versificadores» que proliferaban en el período. Por demás, sugiere que la hostilidad de Del Monte

[...] fue la última manifestación de [la] lucha entre una poesía «cultura» que ya se proponía ser un modo de penetración en el medio cultural y oficial español, y la poesía «inculta» que vivía, bien de espaldas a él, en la ignorancia campestre, bien cortesantemente a su sombra. (: 46)

Más allá del móvil que conllevó al crítico a tal juicio, lo cierto es que el breve ensayo delmontino inició un debate sobre la calidad de ambos escritores (Franco, 1972), al cual contribuyó también Francisco Calcagno, quien dedica a ellos la mayor parte de sus *Poetas de color* (1887). Las creaciones de estos poetas también fueron reconocidas como antológicas desde su contemporaneidad, tras ser incluidas en dos de las principales colecciones líricas criollas del siglo XIX: *Cuba poética* (1858) de José Fornaris y Joaquín Lorenzo Luaces, y *Parnaso cubano* (1881), de Antonio López Prieto.

⁷ Para ampliar sobre estas reflexiones de Arias, véase *Historia de la literatura cubana*, 2005, nota 29: 151.

La crítica nacional e internacional, al menos en énfasis de atención, ha favorecido a *Plácido*, en tanto su obra es más extensa y difundida; de Manzano hubo que esperar a 1937 para leer íntegramente en español su texto más sobresaliente, la *Autobiografía*, publicada primero en inglés en 1840. Las creaciones líricas y dramáticas de este poeta esclavo, por otra parte, se dieron a conocer también en las principales revistas habaneras y matanceras de la época.

Ahora bien, no solo a «poetas de color» de huellas incuestionables se atienden en las páginas de *El Redactor* santiaguero; igualmente se registran escritores de segundo orden que merecen acercamientos más detallados dentro de los estudios literarios nacionales; como es el caso del Juan Antonio Frías (*El Redactor*, 21 y 23 de marzo de 1858) y Antonio Medina y Céspedes (*El Redactor*, 15 de octubre de 1856).

El profesor Saulo A. Fernández Núñez, en *Un poeta esclavo en Puerto Príncipe* (2005), única monografía publicada sobre Juan Antonio Frías, hasta donde se conoce, considera que este alcanzó un reconocimiento poco común para su condición social, debido a la protección de algunos de los intelectuales más prestigiosos de su ciudad natal;⁸ igualmente, se conoce que estuvo vinculado de cierta manera con la Guerra de los Diez Años. En cuanto a las características de las creaciones del referido poeta esclavo, este investigador plantea:

En la poesía de Frías se confunden los elementos prerrománticos, donde apreciamos la pompa del lenguaje neoclásico, siempre impregnado de una solemnidad y tendencia generalizadora, con sus variantes ocasionales y descriptivas de una naturaleza plástica, todo ello junto a la vehemencia de una personalidad romántica que busca su propia expresión y llega a ensayarse dentro de los modos de la primera generación de romanticismo europeo [...]. (Fernández, 2005: 31)

De igual forma, señala también la tendencia realista manifiesta en uno de sus textos más valiosos: «Tener hambre y no

⁸ Según el citado estudioso, Frías tuvo entre sus favorecedores al distinguido poeta Francisco de Agüero y Duque de Estrada, *El Solitario del Tímina*, quien le dedicó un soneto divulgado en *El Fanal de Puerto Príncipe* del 4 diciembre de 1856. (Véase Fernández Núñez, 2006: 171)

comer», inexplicablemente publicado (por la manera en que evade la censura) en *El Fanal de Puerto Príncipe* del 24 de octubre de 1858. En el mismo, el poeta Frías, con un lenguaje rebelde, expresa su sentir y denuncia la hipocresía y contrariedades del ámbito colonial y la esclavitud, véase una estrofa:

*Para vivir felizmente
en la sociedad suntuosa
tiene que ser cautelosa
el alma más inocente:
Con pompa varia, esplendente
ha de vestir, sin querer;
y a ese brillo sostener
es a mi pecho sensible
diez mil veces preferible
tener hambre y no comer.*

No obstante, Fernández Núñez apunta la persistencia de incógnitas sobre su vida y obra, aspectos esclarecidos, en gran medida, en el artículo recuperado de *El Redactor* de marzo de 1858, con rúbrica de Eloi P. Rivera (¿?-¿?). El texto se ajusta a la variante biográfica de la crítica al ofrecer noticias relativas a los orígenes familiares, formación artística y principales influencias literarias de Frías.

Un dato de interés, antes de profundizar en el escrito, es que el diario santiaguero lo copia del periódico *La Regeneración* de Bayamo y este, a su vez, debe haberlo tomado de alguna publicación camagüeyana sin consignar, pues al lado del pie de firma se lee «Pto. Príncipe, Noviembre de 1857»; en otras palabras, aquí se evidencia cómo el poeta trascendió su tierra natal, y puede afirmarse además, que existía un interés explícito por parte de la intelectualidad de la región oriental del país, en promover la personalidad y la obra del poeta esclavo, al reproducirse el artículo en el periódico bayamés y el santiaguero respectivamente.

Rivera devela en ese texto la fecha de nacimiento exacta de Juan Antonio, 13 de junio de 1835, así como el nombre de su primer amo, Don Miguel Frías, aspectos incógnitos hasta el momento, acorde con Fernández Núñez (2005). Otros testimonios reveladores se hallan en la minuciosa reconstrucción biográfica de la formación artística del escritor esclavo, comenzando desde

la niñez con su inclinación por la música. Se narra cómo llegó a dominar al menos cuatro instrumentos, no solo el piano, según ya se conocía, sino también la guitarra, el violín y la flauta. Incluso se precisa que era aficionado a la mecánica. No hay dudas que para ser un esclavo, contaba con cierto apoyo o benevolencia de sus amos que le permitieron adquirir tales destrezas.

Esto se corrobora aún más, cuando el crítico expone que a los dieciocho años Frías se inicia en el camino de las letras y se citan como sus únicas influencias a José María Heredia, Plácido y José Fornaris, información significativa, pues se colige que sus antecedentes poéticos no provienen de la metrópoli o Europa, como era usual en la época, sino de las mismas raíces de la literatura romántica cubana. Por último, el artículo de Rivera da a conocer segmentos de poemas del escritor camagüeyano no conocidos hasta la actualidad, al no estar contemplados en la selección ofrecida por Fernández Núñez (2005 y 2006). Las composiciones incluidas en *El Redactor* no aparecen identificadas con títulos, pero se distinguen cuatro fragmentos de poemas distintos. Los dos más significativos son: el consagrado a la «Poesía»:

*[...] ¡Sagrada emanación!! Ni un solo instante
Te separes de mí, oye mi ruego!
Ilumina mi tétrico semblante
Con tu apacible y delicioso fuego!
Disipa con tu voz consoladora
El amargo pesar que me devora;
Y cuando llegue de mi muerte el día,
Tú que do quiera moras,
Decora con tus galas seductoras
El triste espacio de mi tumba fría.*

Y otro dedicado a su país, diferente al ya conocido «Al sol de Cuba»:

*Y ¿qué mortal que tu conjunto admire
De férvido entusiasmo el pecho lleno
Mientras latiendo de placer respire
El aire puro de tu virgen seno,
No canta alegre aunque entre penas gire*

[80]

Islas, núm. 191; UCLV, septiembre-diciembre de 2018.

<http://islas.uclv.edu.cu>

*De vil ficción y de falacia ajeno,
Si tú eres, Cuba, la creación más bella
Que el sol radiante con su carro huella? [...]*

Estas inspiraciones denotan las características de la obra de Frías ya definidas por Fernández Núñez (2005), pero a su vez, permiten constatar que para el poeta, la creación lírica, además de ser un medio de supervivencia para ser aceptado en la sociedad colonial, representa una postura de «resistencia espiritual» (: 24).

El artículo «*Poesías de Antonio Medina*», de Rafael María de Mendive (1821-1886), copiado del periódico matancero *El Yumurí* en *El Redactor*, enjuicia el cuaderno de otro de los «poetas de color» reseñados por Calcagno (1887) y subvalorado igualmente en los estudios literarios nacionales, si tenemos en cuenta que en una de sus fuentes más actualizadas se menciona solo una vez y como periodista.⁹

Sin embargo, Antonio Medina y Céspedes fue también profesor, dramaturgo, músico y poeta; fundador de *El Faro* (1842) y *El Rocío* (1856), primer periódico y revista literaria respectivamente, confeccionados por un hombre de raza negra en Cuba.¹⁰ Dirigió un colegio para niños pobres; dio a conocer una zarzuela, un tomo de poesía y dos dramas.¹¹ Se conoce de su amistad con Juan Francisco Manzano y que fue maestro del periodista y patriota Juan Gualberto Gómez (1854-1933), quien lo llamó «el Luz Caballero de la raza negra» (Fornet, 2002: 169; Venegas, 2008: XI). Se trata de un intelectual íntegro, que al margen de la calidad estética de su obra literaria, devaluada por la crítica actual, necesita de nuevos exámenes bajo las concepciones contemporáneas de los estudios poscoloniales, así como los de raza y literatura, pues tiene el

⁹ Véase *Historia de la literatura cubana*, 2005: 367.

¹⁰ Véase al respecto Pedro Deschamps Chapeaux: *El negro en el periodismo cubano en el siglo XIX. Ensayo bibliográfico* (1963) y *Diccionario de la literatura cubana* (1980,1984).

¹¹ La zarzuela: *D. Canuto Ceibamocha* o *El guajiro generoso* (1854); los dramas: *Lodoiska* o *La maldición* (1849 y 1882) y *Jacobo Girondi* (1881). Francisco Calcagno (1887) refiere, además, que «conserva fragmentos inéditos de un drama caballeresco de asunto italiano, *Rogero el bandido*» (:91). El libro de poemas se titula *Poesías* (1851) y es del que se ocupa Mendive en el texto crítico analizado.

valor de haber desarrollado un perfil multidiscursivo desde el periodismo, la lírica, el teatro y la música.

Rafael María de Mendive, uno de los literatos más importantes de Cuba decimonónica, estudia al poeta Medina y Céspedes sin hacer alusión explícita a su piel, aunque se percibe que trata a una persona con algún tipo de limitación. Lo califica como «uno de nuestros compatriotas que sin más recursos que los que les proporciona su propio ingenio logran por sus talentos hacer olvidar las pueriles preocupaciones con que la adversidad los persigue “desde el primer sollozo de la cuna”» (*El Redactor*: 2). Es evidente que los recursos carentes son económicos-sociales, no es un secreto que la mayoría de los poetas, ya fueran blancos, mestizos o negros, debían tener un mínimo de capital o influencias sociales para publicar sus creaciones. La adversidad aludida es su condición racial, un lastre a cargar para toda la vida en las antiguas sociedades coloniales.

Esta contingencia se enfatiza cuando el crítico declara que el objeto de su discurso es «alentar» a los jóvenes, que como Medina y Céspedes «viven, por circunstancias especiales, condenados a ahogar en silencio los arranques más que generosos de su corazón y las imágenes más bellas de su fantasía» (idem). Huelga reiterar que tales coyunturas son las mismas aludidas al final del párrafo anterior. Sin embargo, la selección del libro de Medina y el tono indulgente de Mendive no deben entenderse, él mismo lo recalca, como una reivindicación lastimosa a los individuos negros distinguidos en las lides poéticas. Sus palabras están impulsadas por «el deseo más sincero y la imparcialidad más equitativa». Los versos, indica el exégeta, se encargarán de probar concluyentemente la validez de sus juicios.

A continuación, Mendive presenta el soneto de Medina y Céspedes titulado «La pobreza»;¹² la sencillez de la composición es aprobada por el crítico, en tanto «pone al alcance de todos aun aquello mismo que no todos entienden», no sin antes advertir que algunos pueden condenar esa sobriedad, porque:

[...] es sabido que para que hoy logre alcanzar alguna popularidad el que escribe versos, ha de tratar de alambicar el pensamiento cuanto le sea posible, a fin de que ni el mismo que lo

¹² Reproducido también en Vitier y García Marruz (1978).

escribió lo comprenda y deba de aclararlo por medio de notas explicativas [...]». (*El Redactor*: 2)

Las ideas de Mendive resumen, al mismo tiempo, una de las principales doctrinas de la segunda generación romántica cubana: «[...] el pensamiento cuando es bello, cuando es grande, cuando es sublime, para nada necesita de las formas demasiado gastadas de la versificación» (*El Redactor*: 2). De ahí que el crítico sugiera a Medina y Céspedes, de manera muy didáctica:

Estudie [...] a Heredia, medite con Milanés, entusiásmese con Vélez, inspírese con Palma, con *Plácido* y con Zambrana [...]. Sienta y llore alguna vez con Fornaris, el cantor de los siboneyes, mas no trate de imitarlo en ese género ya hartado por los ridículos plagios de sus admiradores, para que pueda dejar de caer en el mismo defecto de los que creen que con hablar de palmas, ceibas y naranjos, ya son otros tantos Fornaris, y no dude que la gloria le sonría. (*El Redactor*: 2)

Es evidente que dicha recomendación connota un esbozo indirecto del estado de la poesía insular hacia mediados de siglo, coyuntura donde se debate sobre el inminente agotamiento de la corriente nativista a causa de los epígonos de Fornaris, pero también se reafirma a Heredia, *Plácido* y José Jacinto Milanés como modelos descolantes de la lírica nacional. Rafael María de Mendive establece con estos criterios el canon de su generación poética.

Tal como se ha analizado, la crítica a la obra de los «poetas de color» ocupó también un espacio en las páginas de *El Redactor*, principal impreso de la ciudad de Santiago de Cuba de mediados del siglo XIX. *Plácido* fue el más valorado, sobre él se analizaron dos textos críticos importantes, el de Valdés y Aguirre, que lo confirma como integrante del canon romántico cubano de la primera mitad del siglo, y por otro lado, el de Domingo del Monte, donde se juzga injustamente al autor de «Jicotencal», en favor del otro «poeta de color», pero esclavo, más importante del mismo período, Juan Francisco Manzano. A partir de ese breve ensayo, se discutieron dos de las opiniones contemporáneas más autorizadas sobre el debate abierto por Del Monte respecto a la trascendencia de ambos escritores negros.

Sin embargo, resulta más interesante que los editores del periódico santiaguero, de acentuado perfil conservador, se preocuparan por promover la crítica sobre otros dos «poetas de color» casi desconocidos en su contemporaneidad, y que solo posteriormente recibirían una tímida atención por parte de la exégesis literaria nacional, como es el caso de Juan Antonio Frías y Antonio Medina y Céspedes. Del primero, se recuperó un artículo revelador de información importante para la biografía del camagüeyano, junto a fragmentos no conocidos de su poesía. El de Rafael María de Mendive sobre el mencionado intelectual habanero parte del reconocimiento de su calidad poética, para realizar un esbozo del estado de la literatura insular de mediados del siglo XIX, y de las doctrinas de la segunda generación romántica cubana de ese período; donde debiera incluirse con toda justeza el mismo escritor reseñado.

El presente artículo constituye un llamado de atención para el fomento de investigaciones actualizadas sobre los escritores negros en la Cuba colonial, sujetos subalternos representativos de un sector sociocultural silenciado históricamente, en tanto: «La importancia de la obra de los poetas esclavos y de los que comparten con ellos similitud de intenciones no importa que sean libres o blancos representa una de las prácticas discursivas de la formación de la nacionalidad cubana» (Venegas, 2008: XV).

REFERENCIAS

- ARIAS, S. (2005). Influencia, personalidad y obra de Domingo del Monte. En Instituto de Literatura y Lingüística. *Historia de la literatura cubana* (Tomo I: 141-152). Ciudad de La Habana: Letras Cubanas.
- BACARDÍ, E. (1923). *Crónicas de Santiago de Cuba* (Tomo 5). Santiago de Cuba: Tipografía Arroyo Hermanos.
- BUENO, S. (1979). *La crítica literaria cubana del siglo XIX*. Ciudad de la Habana: Letras Cubanas.
- CALCAGNO, F. (1878). *Diccionario biográfico cubano*. New York: Imprenta y librería de Néstor Ponce de León.
- _____ (1887). *Poetas de color*. 5ta. Edición. Habana: Imprenta Mercantil.

[84]

Islas, núm. 191; UCLV, septiembre-diciembre de 2018.

<http://islas.uclv.edu.cu>

- CENTO, E. (2013). *Del látigo y el jornal. Apuntes sobre la esclavitud en Camagüey*. Camagüey: Ediciones Ácana.
- DESCHAMP, P. (1963). *El negro en el periodismo cubano del siglo XIX; ensayo bibliográfico*. La Habana: Ediciones R.
- FERNÁNDEZ, S. (2005). *Un poeta esclavo en Puerto Príncipe*. Camagüey: Editorial Ácana.
- _____ (2006, enero-marzo). El poeta esclavo Juan Antonio Frías y su contribución a la identidad. *Islas*, (147), 152-171.
- FLEITAS, C. R. (2014). *La Sociedad Económica Amigos del País de Santiago de Cuba*. Santiago de Cuba: Ediciones Santiago.
- FORNARIS, J. & LUACES, J. (1858). *Cuba poética. Colección escogida de las composiciones en verso de los poetas cubanos desde Zequeira hasta nuestros días*. La Habana: Imprenta y Papelería de la viuda de Barcina.
- FORNET, A. (2002). *El libro en Cuba*. Ciudad de la Habana: Letras Cubanas.
- FRAGA, Y. (2008). *Poetas esclavos en Cuba, El trinitario Ambrosio Echemendía*. Sancti Spíritus: Ediciones Luminaria.
- FRANCO, J. (1972). Prólogo. En *Juan Francisco Manzano. Obras (VII-IX)*. La Habana: Editorial Arte y Literatura.
- FRIOL, R. (1977). *Suite para Juan Francisco Manzano*. La Habana: Editorial Arte y Literatura.
- Instituto de Literatura y Lingüística «José Antonio Portuondo Valdor» (2013). *Diccionario de obras cubanas de ensayo y crítica (Tomo I)*. La Habana: Ediciones Unión.
- Instituto de Literatura y Lingüística «José Antonio Portuondo Valdor» (2005). *Historia de la literatura Cubana. La colonia: Desde los orígenes hasta 1898 (Tomo I)*. La Habana: Letras Cubanas.
- Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba (1980-1984). *Diccionario de la literatura cubana (2 Tomos)*. Ciudad de La Habana: Letras Cubanas.
- IRAIZOZ & DE VILLAR, A. (1930). *La crítica en la literatura cubana*. La Habana: Imprenta «Avisador Comercial».
- LESME, M. (2001). *Estado de alma en las Antillas*. La Habana: Letras Cubanas.
- _____ (2005). La crítica literaria. En Instituto de Literatura y Lingüística. *Historia de la literatura cubana (Tomo I, 331-337)*. Ciudad de La Habana: Letras Cubanas.

- LÓPEZ, A. (1881). *Parnaso Cubano*. La Habana: Editor Miguel de Villa.
- MERIÑO, MA. DE LOS A. (2010). En el tránsito hacia la librería: comercio y distribución de libros en Santiago de Cuba, siglo XIX. *Del Caribe*, (54), 110-119.
- MITJANS, A. (1890, 1963). *Estudios sobre el movimiento científico y literario de Cuba*. La Habana: Consejo Nacional de Cultura.
- MORENO, M. (relator) (1977). *África en América Latina*. México y París: Siglo XXI Editores y UNESCO.
- PORTUONDO, J. A. (1986). *Ensayos de estética y teoría literaria*. La Habana: Letras Cubanas.
- SED, G. (1987, enero-junio). Frías, poeta esclavo de Puerto Príncipe. *Revista de literatura cubana*, (8), 98-100.
- Sociedad Económica Amigos del País. (1856, 1858, 1859, 1861). *El Redactor*. Santiago de Cuba: Imprenta de M.A. Martínez.
- VENEGAS, B. (2008). El poeta esclavo en la función de autor. En Yansert Fraga León. *Poetas esclavos en Cuba. El trinitario Ambrosio Echemendía (V-XVI)*. Sancti Spíritus: Ediciones Luminaria.
- VITIER, C. (1971 [2000]). La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano. En *Obras 3; Crítica 1* (251-391). Ciudad de La Habana: Letras Cubanas.
- VITIER, C. & GARCÍA, F. (sel. y pról.) (1978). *Flor oculta de la poesía cubana*. Ciudad de La Habana: Editorial Arte y Literatura.

Recepción: 6 de marzo de 2018
Aprobación: 27 de junio de 2018

[86]

Islas, núm. 191; UCLV, septiembre-diciembre de 2018.
<http://islas.uclv.edu.cu>